



Koon, el viento en las alas

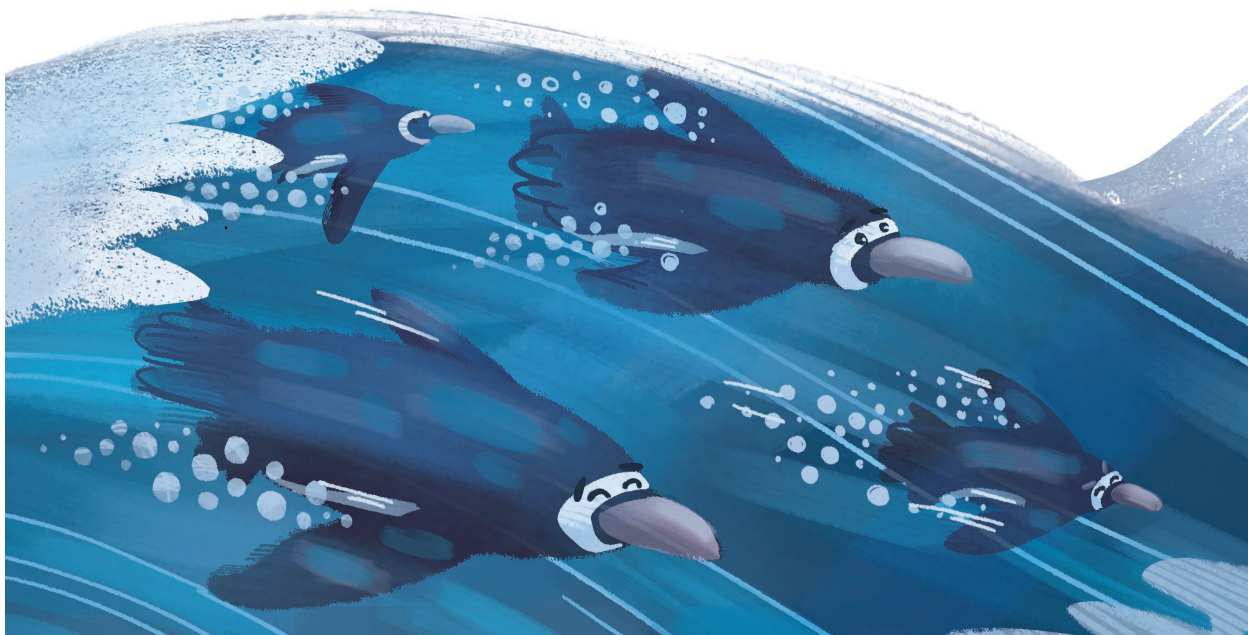
La mañana en la que cumplía cinco años, Koon se 5
despertó diferente. Sintió en todo el cuerpo, en cada
una de sus plumas, que este año sería distinto. Como
cada septiembre, su padre y su madre estaban haciendo
los preparativos para viajar al sur de la Argentina, a la
Patagonia. En ese lugar había nacido Koon, pero toda-
vía no había regresado. ¡Y le había llegado el momento
de volver!

Como todos los pingüinos de la colonia, Koon había
nacido en Punta Tombo. Sus padres le habían contado
mucho acerca de sus primeros días, en esa tierra que él
apenas recordaba, cuando era un pichón de plumas gri-
ses. ¡Y ahora Koon podría conocerla!

El primer día de la primavera todos los pingüinos de esa playa brasileña emprendieron el viaje. Koon iba en el grupo, emocionado y nervioso. El viaje era toda una aventura, había que estar muy concentrado para no extraviarse, para seguir a los

6 guías que nadaban adelante, sin perder el rumbo.

A la cuarta semana de viaje, cuando ya faltaba poco, un inoportuno barquito pesquero se cruzó en el camino del grupo y Koon quedó atrapado en una ola



que lo desorientó. Cuando el barquito terminó de pasar, se dio cuenta de que había quedado solo. No veía ni a sus padres ni a los otros pingüinos de la colonia.

Tenía mucho miedo y no sabía qué hacer, por lo que decidió nadar hacia la costa. Pataleando apurado pronto llegó a una ciudad que no se parecía en nada a lo que sus padres le habían contado de Punta Tombo, ni tenía nada que ver con sus recuerdos de cuando era pichón.

7



8 Koon había llegado a Mar del Plata. Hacía frío y no había casi nadie en la playa. Entre las pocas personas que caminaban por la arena había un hombre de anteojos, que al verlo se los quitó sorprendido, como si estuviera teniendo alucinaciones. Limpió los lentes, se los volvió a poner y apenas comprobó que era cierto, que de verdad por la playa marplatense caminaba un pingüino, se acercó corriendo.

Koon se asustó y quiso huir, pero el hombre lo tomó entre sus manos con mucho cuidado. Le habló con calma, se agachó a su lado y le dijo algo que él no pudo entender, pero que, por el tono, parecía ser bueno. Por suerte para Koon, el hombre amaba a los animales y, aunque no se le ocurría qué hacer para llevar a Koon a su destino en el sur, se las arregló para improvisarle la mejor vivienda posible, al menos por el momento. Lo instaló en su casa, en un piletón que llenó con agua helada, y allí le dejó alimento.

